

procuraron esos minutos de éxtasis entre el soplo perfumado de las flores y la mirada tan tierna de las estrellas lejanas...

Cuando os acercasteis de nuevo á mi lecho, ya habia yo vuelto al mundo exterior, y juntas las manos y apoyadas sobre mi pecho, dejaba mi vista y mi pensamiento que rezasen á un tiempo, alejándose en el espacio; y como mis oídos iban en breve á cerrarse para siempre, me acuerdo de las últimas palabras que salieron de mis labios: « Adios, mi antiguo amigo, siento que la muerte me arrastra... hácia esas regiones desconocidas en las que nos volveremos á encontrar un día. Cuando la aurora borre esas estrellas, no habrá aquí mas que un despojo mortal. Repetireis entonces á mi hija que la última expresion de mi deseo es que eduque á sus hijos en la contemplacion de los bienes eternos. »

Y como llorabas y permanecias de rodillas delante de mi lecho, añadí: « Recita la hermosa oracion de Jesus, » y comenzaste á decir con voz temblorosa el *Padre nuestro*...

« ... Perdónanos... nuestras... deudas... así como... nosotros... perdonamos... á... nuestros... deudores. »

Tales son los últimos pensamientos que llegaron

á mi alma por intermediacion de los sentidos. Se turbó mi vista mirando la estrella de Capella, y no tengo conciencia de lo que sucedió despues de este instante.

Los años, los días y las horas están constituidos por los movimientos de la Tierra. Fuera de esos movimientos, el tiempo Terrestre *existe mas* en el espacio: es pues absolutamente imposible tener nocion de ese tiempo. Creo, sin embargo, que fué el día mismo de mi muerte que sobrevino el acontecimiento que os voy á referir, puesto que, como vereis mas adelante, mi cuerpo no estaba aun enterrado cuando esta vision se presentó á mi alma.

Nacido en 1793, tenia yo entonces setenta y dos años, y no me quedé poco sorprendido al sentirme animado de un fuego y de una agilidad de espíritu no ménos ardientes que en los mejores días de mi adolescencia. No tenia yo cuerpo, y sin embargo yo no era incorpóreo, pues sentía y veía que una sustancia me constituía; á pesar de esto, no hay ninguna analogia entre esta sustancia y las que forman los cuerpos terrestres. No sé de qué modo atravesaba los espacios celestes, y por qué fuerza me hallaba muy cerca de un magnífico sol blanco, cuyo esplendor no me deslumbraba sin embargo, y que se hallaba rodeado, como me lo

pareció de léjos, de un gran número de mundos envueltos cada uno en uno ó mas círculos. Por esta misma fuerza inconsciente me encontraba delante de uno de esos círculos, espectador de indefinibles fenómenos de luz, pues el firmamento estrellado estaba como dividido por un inmenso arco iris. Ya no veía el blanco sol, y habitaba una especie de noche iluminada de matices de múltiples colores.

La vista de mi alma era incomparablemente superior á la de los ojos del organismo terrestre que acababa de abandonar, y, cosa digna de notarse, su superioridad me parecía hallarse sometida á la voluntad. Esta vista del alma es tan maravillosa que no me detendré hoy á describirla. Básteme hacerlos presentir que en lugar de ver simplemente las estrellas en el cielo, como las veis desde la Tierra, distinguía claramente los mundos que gravitan al rededor, y ¡extraña observación! cuando deseaba no ver mas la estrella, con el fin de no tener impedimento alguno para el exámen de esos mundos, desaparecía de mi vision y me dejaba en excelentes condiciones para observar uno de esos mundos ¹. Es mas,

¹ La anatomía fisiológica trascendental esplicaria tal vez este hecho, proponiendo el admitir que el *punctum cæcum* cambia de sitio para ocultar el objeto que no se quiere ver mas

cuando mi vista se concentraba en un mundo particular, llegaba á distinguir los detalles de su superficie, los continentes y los mares, las nubes y los rios, y aunque no me parecia adquirir visiblemente mayor volúmen, como cuando se sirve uno del telescopio, conseguia, por una intensidad particular de concentracion en la vista de mi alma, ver el objeto sobre el cual se concentraba, como por ejemplo una ciudad ó un campo; y cuando seguía mirando limitándome á ese solo punto, las particularidades venian á ser visibles, y veía los edificios, las calles y las casas, los árboles, los jardines y los senderos tan distintamente como si me hubiese encontrado en un globo, á una corta distancia encima de esos sitios. Finalmente, por el mismo procedimiento y en virtud de la misma facultad, fijando siempre mi atención sobre el mismo objeto, reconocia hasta los habitantes y seguía á las personas en las calles y en sus habitaciones. Me bastaba para esto limitar mi pensamiento al barrio, á la casa y al individuo á quien queria observar.

QUÆRENS. — Pero, amigo mio (disimulad mi objecion tal vez pueril), á esa gran distancia los mundos y los planetas que circulan en torno de cada estrella no se confunden con esa misma

estrella? Por ejemplo, á la distancia en que os encontrabais entonces, ¿los planetas de nuestro sistema no están confundidos en nuestra estrella, en nuestro sol? ¿habriais podido distinguir la tierra?

LUMEN. — Os habeis hecho cargo en seguida de la única objecion geométrica que parece estar en contradiccion con las anteriores observaciones. Efectivamente, á cierta distancia los planetas quedan oscurecidos por el brillo de su sol, y nuestros ojos terrestres los distinguirían con trabajo. Ya sabeis que desde Saturno apenas si se distingue ya la Tierra; pero es preciso reflexionar que esas dificultades dependen tanto de la imperfeccion de nuestra vista que de la ley geométrica del decrecimiento de las superficies. Ahora bien, en el mundo al borde del cual acababa de llegar, los seres, no encarnados en una envoltura grosera como aquí abajo, sino libres y dotados de facultades de apercpcion elevadas al mas alto grado posible, pueden, como ya os lo he dicho, *aislar* el origen alumbrador del objeto alumbrado, y, además, percibir distintamente algunos detalles que, á esa distancia, estarían completamente ocultos á los ojos de los organismos terrestres.

QUÆRENS. — ¿Se sirven acaso para ello de instrumentos superiores á nuestros telescopios?

LUMEN. — Si para mostraros ménos rebelde en admitir esa maravillosa facultad, os es mas fácil concebirlos provistos de instrumentos, podeis hacerlo en teoria. Os es permitido imaginar unos instrumentos que, por una série de lentes y una combinacion de diafragmas, aproximen sucesivamente los mundos y aparten de la vista el foco iluminador para dejar á la observacion el único mundo de su estudio; pero debo advertiros que esa clase de instrumentos no son exteriores á esos seres y que pertenecen á la misma organizacion de su vista. Por supuesto que esa construccion óptica y esa superioridad de vista son naturales en esos mundos y de ningun modo sobrenaturales. Reflexionad un poco en los insectos que tienen el privilegio de encoger y de alargar sus ojos como los tubos de un antejo de larga vista, de engrosar y de aplastar su cristalino para hacer de él un lente de diferentes grados, y tambien de concentrar en el mismo foco una multitud de ojos como otros tantos microscopios para distinguir lo infinitamente pequeño, y podreis admitir mas fácilmente la facultad de esos seres ultra-terrestres.

QUÆRENS. — Sin poder figurármela, puesto que no está al alcance de mi experiencia, concibo esa posibilidad. Con que es decir que podiais ver la Tierra, y hasta distinguir desde allá arriba las ciudades y las aldeas de este mundo?

LUMEN. — Dejádme proseguir. Llegaba pues hasta el círculo que mencioné ántes, cuya anchura es suficiente para que doscientas tierras como la vuestra puedan girar de frente, y me encontraba sobre una montaña coronada de palacios vegetales; al ménos que parecía que esos castillos encantados brotaban naturalmente y que no eran sino el resultado de una sencilla disposicion de ramas y de flores. Era una ciudad bastante poblada. En la cima de esa montaña habia un grupo de ancianos en número de veinticinco ó treinta, que miraban con la mas obstinada é inquieta curiosidad una hermosa estrella de la constelacion austral en los confines de la Via lactea. No hicieron caso de mi llegada, hasta tal punto su múltiple atencion estaba exclusivamente aplicada al exámen de esa estrella.

Por mi parte no quedé poco sorprendido al oírles hablar de la Tierra, sí, de la Tierra, en ese idioma universal al espíritu que todos los seres comprenden, desde el serafin hasta los árboles

de los bosques; y no hablaban solamente de la Tierra, sino tambien de la Francia. « ¿Por qué esas continuas matanzas? decian entre sí. ¿Han organizado por ventura una ley de muerte, esos seres sedientos de sangre humana, y qué significan esos cadalsos levantados cada mañana, en que vienen á caer sucesivamente las cabezas de los hombres y de las mujeres, de los niños y de los ancianos? La guerra civil acabará por decimar ese pueblo hasta el último de sus defensores, y á lavar con rios de sangre las calles de esa capital ántes tan risueña y elegante? »

No comprendia nada de ese lenguaje, yo que llegaba de la Tierra con una velocidad rápida como el pensamiento, y que, ayer todavía, habia respirado en el seno de una capital tranquila y pacífica. Me aproximé á su grupo y fijé como ellos mi mirada en la hermosa estrella; pocos momentos despues, escuchando su conversacion y buscando con avidez á distinguir las cosas extraordinarias de que hablaban, vi á la izquierda de la estrella una esfera azul pálido: era la Tierra. No ignorais, amigo mio, que á pesar de la aparente paradoja, la Tierra es verdaderamente un astro del cielo, como os lo recordaba hace un instante. De léjos, desde una de las estrellas vecinas de

vuestro sistema, ese sistema aparece á la vista espiritual de que hablaba, como una familia de astros, compuesta de ocho mundos principales apiñados al rededor del sol convertido en estrella. Júpiter y Saturno llaman particularmente la atención á causa de su magnitud; distingúense luego Urano y Neptuno, despues, muy cerca del Sol-estrella, Marte y la Tierra. Vénus es muy difícil de reconocer, y Mercurio permanece invisible por estar demasiado próximo del Sol. Tal es el sistema planetario en el cielo.

Fijé exclusivamente la atención en la pequeña esfera terrestre, á cuyo lado reconocí la Luna. No tardé en reconocer las blancas nieves del polo boreal, el triángulo amarillo del África, los contornos del océano, y como mi atención estaba fija únicamente en nuestro planeta, el Sol-estrella se eclipsó de mi vision. Luego, sucesivamente y poco á poco, llegué á distinguir en la esfera, en medio de las regiones azuladas, una especie de recortadura negra y continuando mi investigación, descubrí una ciudad en el seno de esa recortadura. No tuve dificultad en reconocer que ese recorte continental era la Francia y que la ciudad era Paris. La primera señal por la que reconocí la capital fué la cinta plateada del Sena,

que describe con coqueteria tantas circunvoluciones tortuosas al oeste de la gran ciudad. Reconoci igualmente la isla de la *Cité*. La nave y las torres de Nuestra Señora formaban como una cruz latina en la punta oriental de la *Cité*; los bulevares extendian su cintura al norte; al sur reconocí el jardin del Luxemburgo y el Observatorio. La cúpula del Panteon cubria como un punto gris la montaña de santa Genoveva; al oeste la gran avenida de los Campos Eliseos dibujaba su línea derecha; mas léjos se veian el bosque de Bolonia, los alrededores de Saint-Cloud, los bosques de Meudon, Sevres, Ville d'Avray y Montretout. La escena estaba alumbrada por un sol espléndido; pero, extraño espectáculo, las colinas se hallaban cubiertas de nieve, como en el mes de enero, siendo así que habia dejado los árboles en octubre cubiertos de verde. Pronto tuve la certeza de que era efectivamente Paris la ciudad que habia podido distinguir á lo léjos, pero como no me era posible comprender bien las exclamaciones de mis vecinos, hice todo género de esfuerzos con el objeto de ver todavía mejor los detalles.

Mi vista se fijó con preferencia en el Observatorio; aquel era mi barrio favorito, que apenas

habia abandonado algunos meses desde hacia mas de cuarenta años. Juzgad por lo tanto cuál sería mi sorpresa, cuando familiarizada mi vista con aquel cuadro, me apercibí de que no existia ya ninguna avenida entre el Luxemburgo y el Observatorio, y que aquella magnífica calle cubierta de castaños se habia trasformado en pequeños jardines. El boulevard Saint-Michel y la calle de Médicis habian desaparecido; era un amalgama de calles pequeñas y tortuosas, y me pareció reconocer la antigua calle del Este, la plaza Saint-Michel, en donde existió una fuente que surtia de agua á los habitantes del faubourg, y una série de callejuelas que habia visto antiguamente. El Observatorio estaba despojado de sus cúpulas; las dos alas laterales habian igualmente desaparecido. Poco á poco, continuando mi investigacion, ví que en detalle Paris habia cambiado completamente. El Arco de triunfo de la Estrella no existia, y tampoco una sola de las magníficas avenidas que desembocan en aquel sitio. Tampoco el boulevard Sebastopol, ni la estacion del Este, ni las demás estaciones, ni una sola linea de caminos de hierro existia ya. La torre Saint-Jacques estaba rodeada de casas viejissimas, y la columna de la Victoria se habia acercado á ella.

La columna de la Bastilla estaba igualmente ausente, pues hubiera fácilmente reconocido el genio por el reflejo del sol. La columna Vendôme me pareció que estaba reemplazada por una estatua equestre. La calle de Castiglione era un antiguo convento; la de Rivoli habia desaparecido; el Louvre no estaba terminado; entre el patio de Francisco I y las Tullerías se veían escombros amontonados con varios pingajos colgando de las bohardillas. En la plaza de la Concordia no habia ningun obelisco, pero sí un gentío bullicioso que no pude distinguir al principio; la Magdalena y la calle Real no se podian percibir tampoco. Habia una pequeña isla detrás de la isla Saint-Louis. Los bulevares exteriores no eran ni mas ni ménos que el antiguo paseo de la ronda, encerrado por las fortificaciones. En una palabra, aunque reconocí la capital de Francia por los edificios que existian aun y por algunos barrios que apenas habian cambiado, no sabia que pensar de una metamorfosis tan maravillosa que, de la noche á la mañana, habia cambiado radicalmente el aspecto de la antigua ciudad.

Me vino primeramente la idea que en lugar de poner muy poco tiempo para llegar desde la Tierra, habia estado sin duda muchos años, y tal

vez hasta muchos siglos, en camino. Como la noción del tiempo es esencialmente relativa y como la medida de la duración no tiene nada de real ni de absoluto, una vez separado del globo terrestre, había perdido por lo mismo toda medida fija, y se me ocurría que los años y hasta los siglos habrían podido pasar delante de mí sin que me apercibiese de ello, pues era tan vivo el interés que había tenido por ese viaje, que no se me había hecho largo el tiempo, — expresión vulgar que denota la *relatividad* de esa sensación en nuestra alma. No teniendo ningún medio para asegurarme del hecho, habría acabado sin duda por creer que varios siglos me separaban ya de la vida terrestre, y que tenía delante el París del siglo veinte ó veintiuno, si no hubiese profundizado más el cuadro que se ofrecía á mi vista.

En efecto, me identificaba sucesivamente con el aspecto de la ciudad, y llegaba por gradación á encontrar los sitios, las calles y los edificios que había conocido en mi tierna edad. El Hôtel de Ville se me apareció lujosamente empavesado, y el palacio de las Tullerías me presentaba su cúpula central. Un pequeño detalle contribuyó más que nada á que acabase de reconocer la gran ciudad,

y fué la vista de un pabellón, situado en medio del jardín de un antiguo convento de la calle Saint-Jacques, cuyo recuerdo me hizo estremecer. Allí fué donde conocí á la mujer que desde mi adolescencia, me quiso con un amor tan profundo; mi querida Eivlys, tan tierna y amorosa, que abandonó todo para unir su suerte á la mía. Si, vi la pequeña cúpula de la azotea, delante de la cual nos gustaba tanto estar en contemplación por las noches, estudiando las constelaciones. Con que alegría volví á ver esos paseos que habíamos recorrido juntos del brazo, esas avenidas cubiertas de árboles, en las que nos ocultábamos á las miradas indiscretas del mundo celoso. Miraba yo ese pabellón, que en nada había cambiado, y comprendereis que su vista fué lo suficiente para completar mis indicaciones y para convencerme completamente de que lejos de tener delante, como era tan natural que lo creyese, el París de *después de mi muerte*, tenía el París que había *desaparecido!* el antiguo París de principios del siglo ó de fines del siglo último.

Á pesar de esto, comprendereis fácilmente, que sin embargo de la evidencia, no podía creer lo que veían mis ojos. Me parecía más fácil admitir que París estaba tan cambiado, que había

sufrido tales transformaciones desde mi marcha de la Tierra (intervalo cuya duracion me era completamente desconocida), que tenia delante la ciudad del porvenir, si puedo expresar por medio de esta figura un hecho que hubiera estado presente para mi. Continuaba, pues, observando con atencion para cerciorarme por completo de si era realmente el *antiguo* Paris, en parte demolido hoy, que tenia delante, ó si, por un fenómeno no ménos increíble, era otro Paris, otra Francia, otra tierra.

II

QUERENS. — ¡Qué situacion tan extraordinaria para vuestro espíritu analizador, oh Lumen! ¿Por qué medio os fué posible llegar á reconocer la realidad?

LUMEN. — Los ancianos que estaban en la montaña continuaron conversando, mientras yo iba haciendo las anteriores reflexiones. De pronto, oí al que parecía tener mas edad, y cuyo aspecto venerable inspiraban á la vez admiracion y respeto, exclamar con voz triste y retumbante :

« ¡De rodillas! hermanos míos, pidamos indulgencia al Dios universal. Esta tierra, esta nacion, esta ciudad ha cometido un gran crimen : acaba de rodar la cabeza de un rey inocente! »

Sus compañeros le comprendieron sin duda, pues se arrodillaron en la montaña y postraron sus encanecidas cabezas contra el suelo.